

III
ACTIVIDADES
DE URGENCIA

ANUARIO ARQUEOLÓGICO
DE ANDALUCÍA / 1994

FICHA CATALOGRÁFICA

Anuario Arqueológico de Andalucía 1994 / [Coordinación de la edición: Dirección General de Bienes Culturales, Servicio de Investigación y Difusión del Patrimonio Histórico]. – Sevilla : Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Dirección General de Bienes Culturales, D.L. 1999

3v. : il. ; 30 cm.

ISBN 84-8266-068-3 (Obra completa)

ISBN 84-8266-071-3 (Tomo III)

Contiene: I. Sumario – II. Actividades sistemáticas – III. Actividades de urgencia.

1. Excavaciones arqueológicas-Andalucía. I. Andalucía. Junta Consejería de Cultura. 902.03(460.35)“1994”

ANUARIO ARQUEOLÓGICO DE ANDALUCÍA 94. III

Abreviatura: AAA'94.III

Edita: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.

Coordinación de la edición:

Dirección General de Bienes Culturales

Servicio de Investigación y Difusión del Patrimonio Histórico

C/. Levies, 17. Sevilla

Tel. 95-4555510. Fax: 95-4558275

Impresión: Egondi Artes Gráficas

© de la presente edición: Junta de Andalucía.

Consejería de Cultura. E.P.C.

ISBN: 84-8266-068-3 (Obra completa)

ISBN: 84-8266-071-3 (Tomo III).

Depósito Legal: SE-637-99-III

HUERTAS DE PEÑARRUBIA (CAMPILLOS, MÁLAGA): UN ASENTAMIENTO DEL BRONCE FINAL-HIERRO ANTIGUO EN EL VALLE DEL GUADALTEBA

EDUARDO GARCÍA ALFONSO

Resumen: El descubrimiento del poblado de Huertas de Peñarrubia fue debido al descenso del nivel del embalse del Guadalteba a causa de la gran sequía de principios de los años 90. En el asentamiento, que sólo ha sido estudiado a nivel de superficie y de recogida selectiva de materiales, se han documentado los restos de seis cabañas circulares y tres muros rectos posteriores. Los materiales asociados son mayoritariamente a mano, destacando los grandes vasos acampanados bien conocidos en el bajo Guadalquivir durante el Bronce Final-Hierro Antiguo. Estos recipientes de almacenaje y la situación del lugar en una antigua vega fluvial hace pensar en Huertas de Peñarrubia como un asentamiento dedicado a las actividades agrarias. No falta la cerámica a torno en los momentos más tardíos, aunque muy escasa, apareciendo también ahora unos característicos prismas macizos de terracota, que se relacionan con la producción alfarera. El yacimiento se ha dividido provisionalmente en tres fases a lo largo de los siglos VIII y VII a.C.

Summary: The settlement called Huertas de Peñarrubia was discovered because the Guadalteba reservoir level descent. This circumstance was caused by the drought during the first years of the 90. The research of this place has been only on the surface with potteries gathering. Six circular cabins and three straight walls have been documented. Majority, the associated items are potteries hand made, emphasizing the great bell-vases, well known in the lower Guadalquivir valley through Late Bronze and Early Iron Age. These vessels for storage and the location of the place in an ancient fertile lowland are factors for thinking in Huertas de Peñarrubia like an agricultural small village. The wheel pottery, dated in the last period, is very scarce. Also, there are a lot of terracotta solid prism, these items are connected with a possible potter's workshop. The evolution of the settlement is divided into three phases, through the 8th and 7th B.C.

Desde 1993 se ha venido desarrollando en la cuenca del río Guadalteba una intensa actividad arqueológica centrada en los grupos humanos que habitaron esta zona de la provincia de Málaga entre los siglos VIII y VI antes de Nuestra Era ¹. Este período, que abarca los últimos momentos del Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro, resulta crucial para entender la génesis de la cultura ibérica, prescindiendo de cualquier explicación etnicista. La presencia fenicia en las costas andaluzas fue el factor que aceleró el proceso de jerarquización en el mundo indígena, que, si bien iniciado en el Calcolítico, había avanzado muy lentamente a lo largo del segundo milenio e incluso con retrocesos tras el colapso del foco cultural argárico. La llegada de los fenicios en el siglo VIII a.C. va a suponer la conversión de las gentes del sur peninsular en la periferia de una economía de base estatal que sustentaba una sociedad de clases, la cual contaba con instrumentos tecnológicos mucho más desarrollados que los conocidos en el Extremo Occidente hasta esos momentos. Paradójicamente, pese a la gran importancia que tiene la presencia fenicia en las costas malagueñas,

se sabe muy poco de las repercusiones inmediatas que tuvo la llegada de estas gentes orientales en las poblaciones autóctonas preexistentes. Sólo en los últimos años se está empezando a explicar de modo convincente como pudo ser el proceso de transformación de estas comunidades prehistóricas en las sociedades aristocráticas que van a caracterizar el mundo ibérico a partir de mediados del siglo VI ². La base de la evolución de estos grupos autóctonos podemos resumirla en dos aspectos fundamentales: cambio tecnológico y surgimiento de una organización socio-económica compleja. La labor que desde hace ya más de cinco años se viene realizando en la cuenca del Guadalteba se ha marcado como objetivo primordial dar respuestas a estas cuestiones desde la arqueología, tanto a nivel descriptivo como teórico. Partimos de un marco restringido al ser un territorio pequeño, perfectamente definido con respecto a los ámbitos vecinos, pero integrado en los procesos generales que acontecen en el sur de la Península Ibérica como una parte de ese todo que es el Mediterráneo. Fruto de esta labor de investigación ha sido la obtención de secuencias estratigráficas en dos yacimientos de gran interés como son Los Castillejos de Teba y Castellón de Gobantes, al igual que la prospección de otros lugares habitados entre los siglos VIII y VI a.C., ya en fase de publicación ³.

La fuerte sequía que afectó a la mitad sur de España a principios de la década de los 90 ocasionó un enorme descenso en el nivel de los embalses, quedando en seco extensas superficies de terreno que llevaban años sumergidas. Esta circunstancia, tan nefasta en numerosos aspectos de las actividades económicas y sociales de nuestro tiempo, se convirtió en una excelente aliada de cara a la investigación arqueológica en la cuenca del Guadalteba. Las aguas del embalse homónimo descendieron entre 1993 y 1994 hasta niveles desconocidos, poniendo al descubierto antigua la vega de Peñarrubia, población que resultó anegada por la construcción de la presa. La hidrodinámica de un embalse es un eficaz elemento de erosión y transformación del paisaje que constituye su vaso. La acción combinada de los sucesivos aumentos y descensos de nivel, la presencia de corrientes y el embate del suave pero constante oleaje sobre las orillas tiene el efecto de lavar de sedimentos las márgenes del lecho del embalse y depositarlos en el fondo del mismo. Esta acción de arrastre repercute especialmente en aquellos elementos más ligeros como limos, arcillas y gravas. De este modo, estructuras pétreas enterradas, con una cierta consistencia, son limpiadas de tierra y vegetación, quedando perfectamente visibles en la superficie del lecho del pantano. De ahí que la prospección de áreas embalsadas en época de aguas bajas suele dar excelentes resultados, como demuestra el descubrimiento un pequeño poblado de los siglos VIII-VII a.C. en lo que hace tres décadas fueron las huertas de Peñarrubia.

1. SITUACIÓN Y CONFIGURACIÓN DEL YACIMIENTO

El yacimiento objeto de este trabajo se sitúa en la antigua vega fluvial del río Guadalteba, a unos 200 m. de la margen derecha del cauce histórico y a una altitud de 330 m. sobre el

nivel del mar. El lugar está dominado por el Cerro del Almendro, que se eleva hasta los 407 m. al oeste del asentamiento. Las coordenadas U.T.M. son 336.000-4.092.000, dentro de la hoja 1038 (Ardales) del Mapa Topográfico de España, e.1:50.000, editado por el Servicio Geográfico del Ejército. Las ricas tierras de cultivo de antaño hoy son inexistentes en este sector al estar sujeto el terreno a las fluctuaciones periódicas del embalse

se del Guadalteba, inaugurado en 1973. Antes de la construcción de la presa, el río tenía en este tramo un curso divagante, caracterizado por meandros que serpenteaban en un valle con escaso desnivel, que alcanzaba una anchura cercana a 1 km. A poca distancia aguas abajo de Peñarrubia, el Guadalteba se encajona en las molas miocénicas de El Chorro para unirse al Guadalhorce por su margen derecha (Fig. 1).

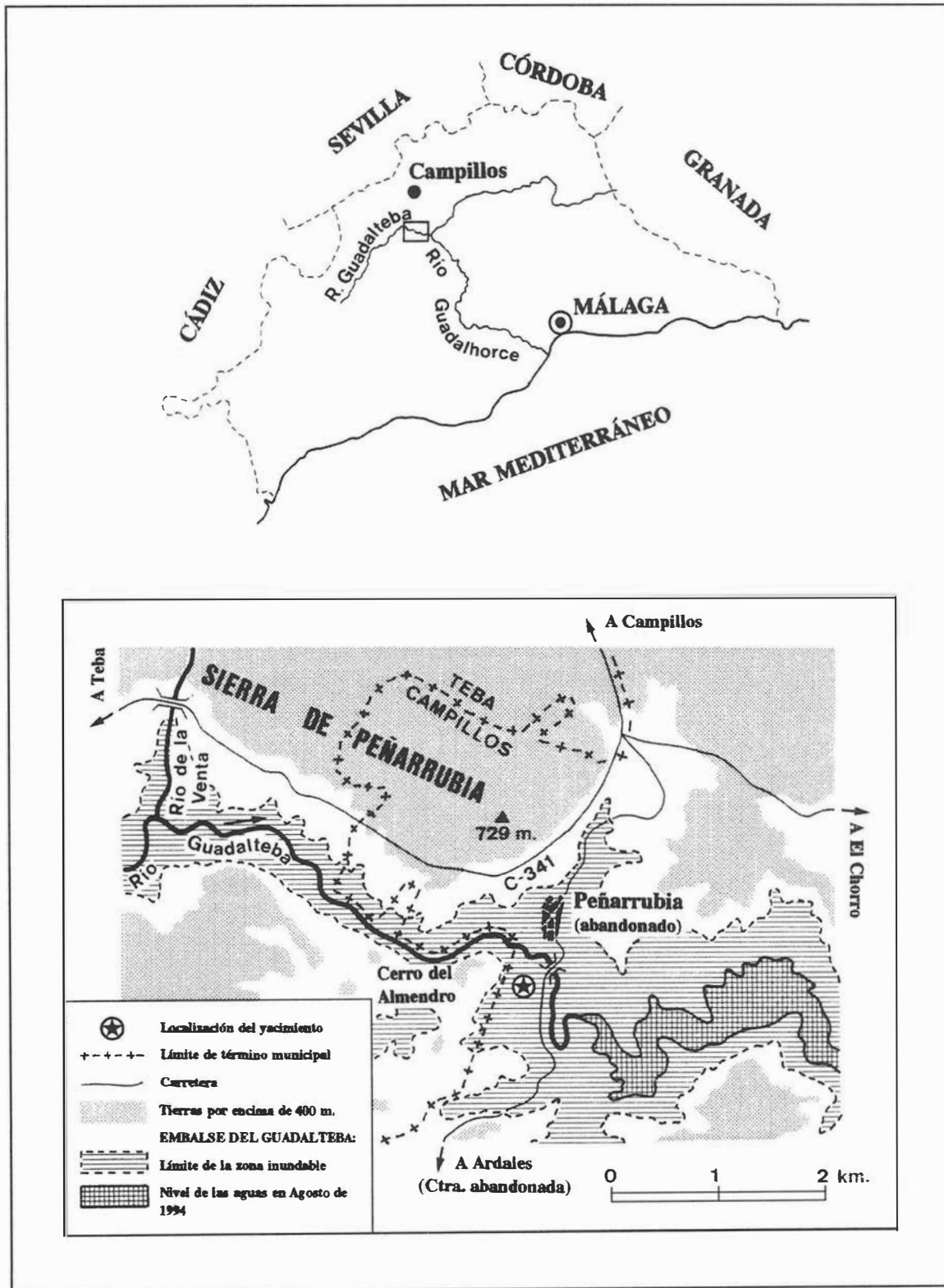


FIG. 1. Situación del poblado de Huertas de Peñarrubia.

Actualmente, desaparecido el municipio de Peñarubia, el yacimiento se encuentra en el término de Campillos, aunque está a una distancia de pocos centenares de metros del límite municipal con Teba. El acceso al lugar es complicado y sólo es posible en época de aguas bajas, tomando la antigua carretera que llevaba de Ardales a Peñarubia, vía hoy abandonada y en muy mal estado. Aunque el descubrimiento del poblado de Huertas de Peñarubia tuvo lugar en Noviembre de 1993, su estudio se efectuó en Agosto de 1994⁴. Durante ese lapso de tiempo se intentó infructuosamente conseguir una ayuda económica a cargo de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía para realizar una excavación de urgencia, ante el interés del yacimiento y su pérdida en caso de subida del nivel de las aguas, solicitud que fue denegada. Únicamente se obtuvo un permiso de excavación sin subvención. En Noviembre de 1995, las fuertes lluvias ocasionaron una rápida subida del nivel del embalse del Guadalteba, quedando el yacimiento anegado. Actualmente, en 1997, con dicho pantano al máximo de su capacidad, Huertas de Peñarubia se encuentra a casi 20 m. de profundidad.

El yacimiento afloró a la superficie debido a la erosión producida por el agua embalsada. En superficie quedaron visibles diferentes estructuras constructivas y gran cantidad de cerámica. La extensión total del área arqueológica comprobada viene a constituir un rectángulo de 11 m. de largo por 8 m. de ancho, pero la propia disposición de los muros observados nos revela que el poblado es bastante más grande y que la mayor parte del mismo permanece enterrada. Esta circunstancia se explica a causa de la erosión diferencial, ya que la zona donde se han documentado las estructuras tiene una configuración en forma de saliente, por lo que está más expuesta al movimiento del agua. Igualmente, se trata de un terreno ligeramente deprimido respecto a las zonas situadas al norte y al sur, que se encontrarían en la misma curva de nivel. Así, las estructuras han aflorado en este punto, quedando ocultas en el resto al estar el suelo actual algo más alto.

Ante la imposibilidad de efectuar una excavación en extensión por los motivos antes señalados, se optó por realizar un estudio parcial del yacimiento, dada la escasez de tiempo con que contábamos. La actuación se centró en tres frentes: levantar una planimetría de las estructuras visibles, efectuar una recogida selectiva de material cerámico y realizar una limpieza en la zona más elevada del yacimiento para comprobar si existía algún tipo de pavimentación en las estructuras más recientes y complejas.

Las estructuras visibles se encontraban perfectamente limpias, debido a la acción del agua, lo que fue esencial a la hora de establecer la planta y la delimitación de las viviendas, así como su evolución. La recogida de cerámica fue muy fructífera debido a la gran cantidad de material que había entre los diferentes muros y disperso en las cotas más bajas de los alrededores. Finalmente, la limpieza efectuada consistió en realizar un pequeño corte de 2 m. por 2 m., bajando apenas 20 cm. Esta última labor permitió despejar el frente norte del denominado muro A y constatar que no existía ningún tipo de pavimento asociado al mismo. Igualmente, se confirmó que la hilada que se veía en superficie era la de asiento de la estructura, lo que confirmaba que la mayor parte de la misma se encontraba desmantelada (Fig. 2).

2. LAS ESTRUCTURAS

El sector visible en superficie del poblado de Huertas de Peñarubia se disponía en tres niveles superpuestos aterrazados, que se hallaban separados por pequeños escarpes en talud, con gran acumulación de piedras de derrube en los mismos. Las propias estructuras sirvieron de precaria defensa contra la labor destructiva del agua, de modo que la acción de arrastre de los antiguos sedimentos que formaban la vega de Peñarubia se efec-

tuó de modo idéntico a la disposición de los niveles arqueológicos detectados en el asentamiento. Así, la erosión fue gradual respecto a los sucesivos paleosuelos que sirvieron de asiento a las estructuras documentadas. Éstos, al tratarse de superficies más endurecidas que el resto de los depósitos han ofrecido mayor resistencia al agua, lo que ha permitido su conservación parcial (Fig. 3) y el establecimiento de tres fases en el poblado (Fig. 4). Las estructuras visibles sólo conservaban una o dos hiladas de piedras. Lo pudimos comprobar en el nivel más alto, donde se encontraban los muros rectos. Igualmente, en las cabañas de la fase II, su ruptura por el talud confirmaba que sólo poseían dos hiladas de piedras. Lo conservado en las cabañas situadas en un nivel más bajo no pudo comprobarse, pero no creemos que sea mucho más que en las anteriores.

El suelo situado a una cota más baja es, lógicamente, el más antiguo (nivel III, fase I), donde se sitúan tres cabañas de planta circular sólo visibles en parte (nº. 1, 2 y 3). Son las construcciones de menor tamaño del asentamiento, alcanzando la mayor (nº. 1) un diámetro presumible de 2 m., mientras que las otras apenas llegan a 1'5 m. Están construidas con piedras irregulares de pequeño tamaño y cantos rodados, no apreciándose en superficie huellas de hogares, ni de agujeros de poste, así como tampoco posibles umbrales, al igual que en las restantes estructuras del asentamiento.

A unos 50 cm. sobre el nivel anterior aparece un nuevo paleosuelo que señala el inicio del nivel y de la fase II. Evidentemente se trata de un momento de expansión del asentamiento, tanto por el aumento del tamaño y calidad de las viviendas como por los materiales asociados a alguna de ellas. Aquí hemos podido documentar los restos de tres cabañas (nº. 4, 5 y 6), también de planta circular. Ahora las estructuras alcanzarían un diámetro en torno a los 3 m., mientras que el aparejo tiende a ser más consistente. Se utilizan piedras de gran tamaño, de modo que algunas ocupan toda la anchura de los muros, que se hacen mayores que en la fase I. Las piedras más grandes se colocan en el frente exterior, mientras que hacia el interior se utiliza cascajo más pequeño y cantos rodados.

Finalmente, el paleosuelo más elevado corresponde al momento más tardío del asentamiento (nivel I, fase III). Situado a unos 35 cm. sobre el comienzo del nivel anterior, carece de límite superior, ya que toda la tierra superficial ha sido barrida por las aguas del embalse. Así, la potencia mínima constatada para el yacimiento alcanza 1 m. de espesor, aunque es muy posible que fuera mayor, ya que desconocemos si hay fases previas al nivel III o si existió ocupación posterior al nivel I, aunque esto último nos parece poco probable. La fase III de Huertas de Peñarubia supone un cambio espectacular en el asentamiento. Ahora vemos la adopción de un nuevo patrón de vivienda cuadrangular y compartimentada, además de una cultura material basada en la cerámica a torno. Evidentemente, estas transformaciones se deben al impacto que produjo la colonización fenicia sobre las comunidades prehistóricas del sur peninsular. En esta fase III se documentan tres estructuras constituidas por muros rectos, construidos con piedras grandes, aunque de menor tamaño que las usadas en la fase II. Los denominados muros A y B se disponen de forma perpendicular, formando parte de una misma edificación compartimentada. El muro C se encuentra aislado de los dos anteriores, a una distancia de unos 2 m. No sabemos si esta estructura tenía contacto con las anteriores, aunque su orientación es coincidente con aquéllas.

Las cabañas documentadas en Huertas de Peñarubia resultan bien conocidas en Andalucía y particularmente en la provincia de Málaga. Es ya una certeza que las viviendas de esta zona durante el Bronce Final son de planta circular u ovalada. Son estructuras de pequeñas dimensiones, lo que revela su provisionalidad y su constante necesidad de renovación. En lugares próximos a Peñarubia tenemos ejemplos bien conocidos, tales como Raja del Boquerón y Acinipo, a los que hay que añadir la estructura circular descu-

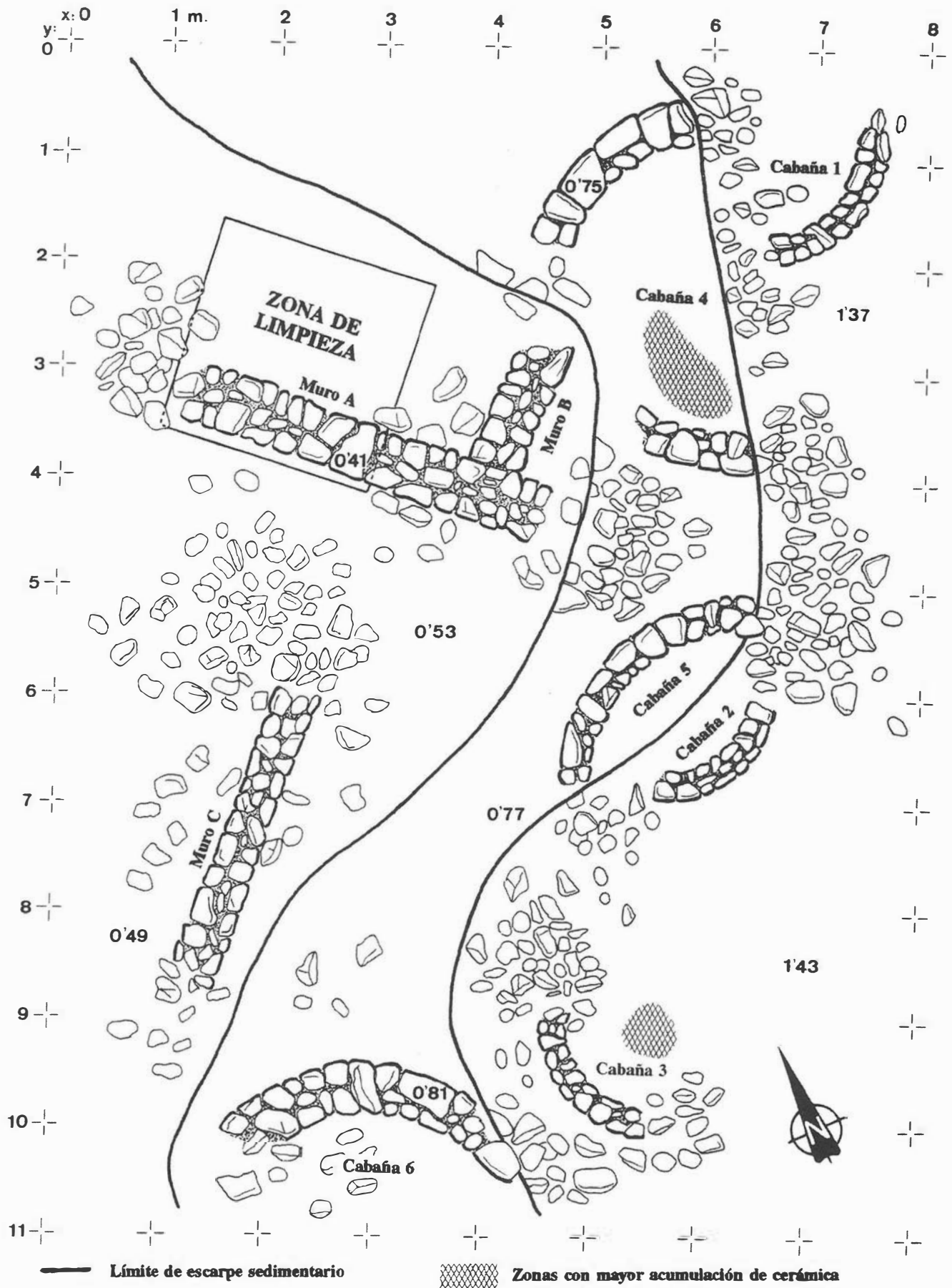


FIG. 2. Planimetría de las estructuras visibles en superficie en Agosto de 1994.

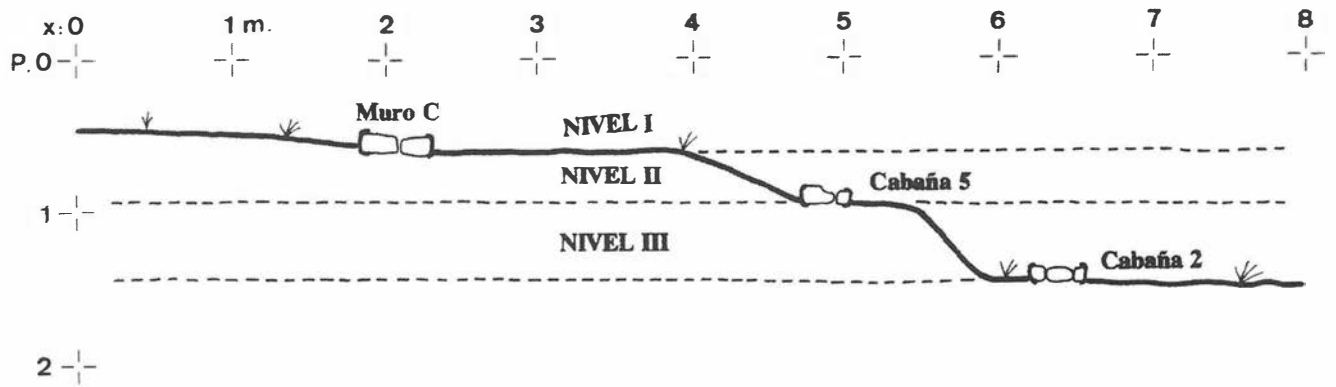


FIG. 3. Propuesta estratigráfica de Huertas de Peñarubia. Sección transversal a 65 m. del eje de coordenadas x.

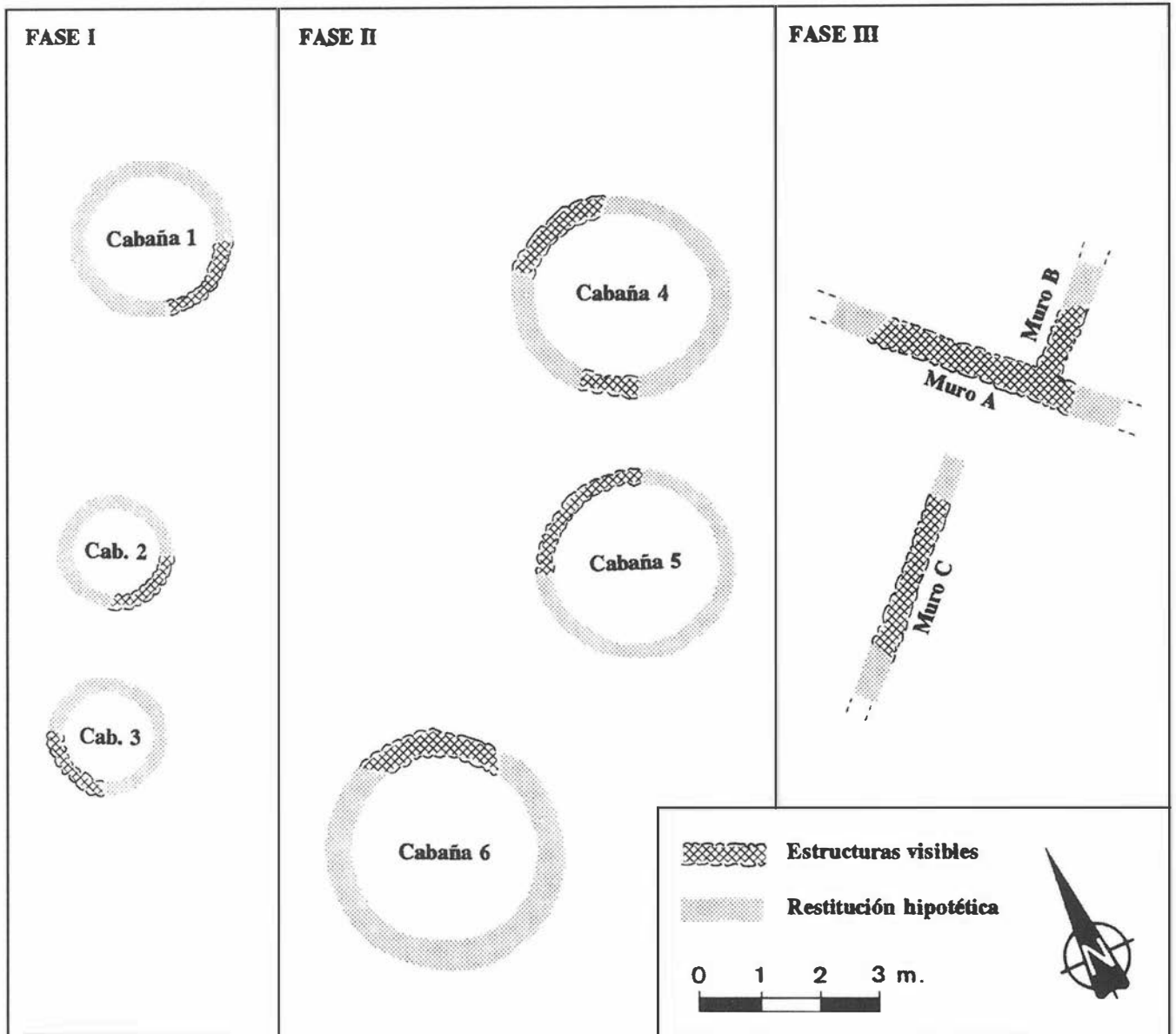


FIG. 4. Evolución del asentamiento.

bierta en el nivel III del corte A de El Castellón de Gobantes en 1993, todavía mal conocida y atribuible a la primera mitad del siglo VIII ⁵. El emplazamiento de Raja del Boquerón es muy similar al de Huertas de Peñarubia, al encontrarse en una vega fluvial

hoy inundada por el embalse del Conde de Guadalhorce. Igualmente, este asentamiento sólo se conoce a nivel de estudio superficial. Dentro del vecino término de Ardales, Raja del Boquerón se sitúa en la margen izquierda del río Turón y fue puesto al descu-

bierto también por el descenso del nivel de las aguas. Entre 1987 y 1988 se documentaron los restos de dos cabañas ovales con un diámetro máximo de 3 m., a ésta se superponía una gran vivienda de planta cuadrangular con compartimentación interna, fechada en el siglo VII ⁶. Una evolución idéntica desde cabañas circulares a viviendas cuadrangulares la observamos en Acinipo a lo largo de los siglos VIII y VII ⁷. No obstante, existen notables diferencias entre las cabañas del yacimiento rodeño y las conocidas en Huertas de Peñarrubia. En Acinipo son bastante más grandes, alcanzando los más de 4 m. de diámetro, además de disponer de accesos empedrados, pavimentos de tierra batida y hogares en el interior, circunstancias que no hemos podido constatar en Huertas de Peñarrubia, aunque *a priori* no podemos descartar que existan. En el estado actual de nuestros conocimientos, ello indica unas construcciones con mayor habitabilidad y sentido de permanencia en Acinipo, señal de la caracterización del asentamiento como núcleo principal de un territorio concreto. Sin embargo, en Peñarrubia se emplearon piedras de gran tamaño, que contrasta con el frágil aparejo usado en Acinipo. De esta circunstancia no queremos inferir ningún supuesto, más que el derivado de tener a mano el material de construcción, la necesidad de disponer de las cabañas lo más rápidamente posible sin muchas complicaciones y, quizás, una cierta defensa contra las periódicas avenidas del Guadalteba que debió sufrir la vega. En este sentido cabe observar como en la primera fase del poblado el tamaño de las piedras empleados es menudo, siendo las cabañas de escasas dimensiones. La fase II de Huertas de Peñarrubia supone un aumento tanto del volumen de los bloques pétreos como de la superficie de las cabañas, indicando el deseo de tener un asentamiento permanente en el lugar, confirmado en la fase III, y desapareciendo un cierto sentido de provisionalidad que pudo existir en los primeros momentos de ocupación del mismo. Pero, a pesar de todo, creemos que el sistema de construcción utilizado tanto en Peñarrubia como en Acinipo debió ser muy similar: zócalos de piedra sobre los que se colocó una techumbre de ramas, hojas y cañas, probablemente impermeabilizada con barro.

3. LOS MATERIALES

Los materiales cerámicos aparecidos en Huertas de Peñarrubia pueden considerarse como una importante novedad en el contexto de la arqueología protohistórica de la provincia de Málaga. Ello se debe a que, hasta ahora estábamos acostumbrados a que los testimonios materiales del mundo indígena se redujeran a unos fragmentos excesivamente pequeños, mayoritariamente amorfos, que apenas si eran susceptibles de ordenación cronológica ni de comparación con otras zonas próximas del sur peninsular ⁸. La vinculación de la cerámica de Peñarrubia con las tipologías conocidas en el valle del Guadalquivir nos obliga a recurrir mayoritariamente a enclaves de Sevilla y Huelva, al disponer éstos de amplias memorias publicadas. Ciertamente, sería muy interesante poder comparar los materiales de Peñarrubia con determinados lugares del interior de la provincia de Málaga, escenarios de excavaciones sistemáticas o prospecciones durante años, pero de los que sólo conocemos poco más que informes preliminares o noticias muy parciales.

a) Cerámica a mano. Grandes vasos acampanados

La cerámica más abundante aparecida en Huertas de Peñarrubia es, con diferencia, la fabricada a mano. Dentro de este grupo, el mayor número de fragmentos corresponde a vasos de gran tamaño: fondo plano, cuerpo ovoide y cuello exvasado, normalmente con carena. El tipo de vaso documentado en Huertas de Peñarrubia corresponde a una forma bien conocida en el bajo Guadalquivir

durante el período Bronce Final-Hierro Antiguo, aunque ya están presentes en la zona desde el Bronce Medio. Es el denominado vaso acampanado o «à chardon», destinado a almacenaje de productos agrícolas. Este tipo de piezas tiene una cronología amplia que oscila entre el siglo VIII y la segunda mitad del VI. En su sistematización del desarrollo tartésico de Andalucía occidental, M. Pellicer ha incluido estos recipientes, que él denomina *pithoi*, en las formas 4 y 7 de su Bronce Reciente IIIB. Este investigador sitúa dicha fase entre 650 y 550 a.C., cronología que nos parece demasiado baja para estos grandes vasos ⁹.

La mayor parte de los fragmentos que hemos podido recoger en Peñarrubia no presentan decoración alguna, aunque muestran acabados de buena calidad, con las superficies alisadas y homogéneas. Las pastas presentan cocción reductora al interior, con desgrasantes abundantes y gruesos. El exterior de las paredes tiene tonos que van desde el rojo ladrillo al gris oscuro. Dentro de este grupo de vasos sin decorar podemos efectuar una clasificación basándonos en la tipología de bordes. Observamos que los cuellos de este grupo tienden a ser rectos, rasgo que para D. Ruiz Mata corresponde a momentos preferenciales, aunque resulta extensible hasta finales del siglo VIII. En esto contrastan con los perfiles del siglo VII y primera mitad del VI a.C., cuando las paredes de los cuellos tienden a hacerse más cóncavas y, por tanto, con una curvatura mucho más pronunciada ¹⁰. Este grupo sin decorar de Huertas de Peñarrubia correspondería al tipo antiguo de vaso acampanado, denominado E.I.b por Ruiz Mata, bien constatado en los estratos IV y III de El Carambolo y en la fase I del Cabezo de San Pedro, además de en otros lugares de las provincias de Huelva y Sevilla. En Huertas de Peñarrubia encontramos tres variantes.

Tipo 1 (Fig. 5, a). Las paredes del cuello se van ensanchando poco a poco hacia el borde. El contacto entre cuello y galbo es suave, mediante una inflexión. Correspondería a la variante E.I.b.2 de Ruiz Mata.

Tipo 2 (Fig. 5, b-c). Las paredes del cuello se van estrechando progresiva, aunque levemente, hacia el borde, que adopta la forma de labio engrosado al exterior. No se corresponde con ninguna de las variantes señaladas por Ruiz Mata, aunque este autor incluye en su forma E.I.b.2 un borde muy similar a este de Peñarrubia procedente del Cabezo de San Pedro ¹¹, pero más parece que este perfil de borde debe individualizarse como un taxón diferente de aquél. Un vaso acampanado con el labio engrosado al exterior lo tenemos también en el fondo de cabaña XIV-a de San Bartolomé de Almonte, con una fecha de la segunda mitad del siglo VIII e inicios del VII ¹². Cronología algo más reciente tiene un vaso con este tipo de borde hallado en el estrato X del corte 3 de la Mesa de Setefilla, correspondiente al momento inicial de la fase «orientalizante» de este poblado, a principios del siglo VII ¹³. No obstante, el ejemplar conocido en este poblado sevillano revela un perfil de cuello muy exvasado, evidentemente más tardío que los recogidos en Huertas de Peñarrubia. Con una datación bastante más baja, de fines del siglo VII y primera mitad del VI, aparece la forma en el nivel IIc de Tejada la Vieja ¹⁴.

Tipo 3 (Fig. 5, d). Finalmente, encontramos un tipo de cuello sin decorar cuyas paredes se estrechan progresivamente hacia el borde. Corresponde al tipo E.I.b.1 de Ruiz Mata y viene a constituir la forma más extendida en el bajo Guadalquivir, aunque con múltiples variantes en cuanto a inclinación y morfometría. Entre las piezas más similares a Huertas de Peñarrubia podemos citar algunas del Cabezo de San Pedro y del Carambolo ¹⁵, además de otras de los fondos XIV-a y XV de San Bartolomé de Almonte ¹⁶, todas ellas materiales fechados entre el siglo VIII y los inicios del siglo VII a.C.

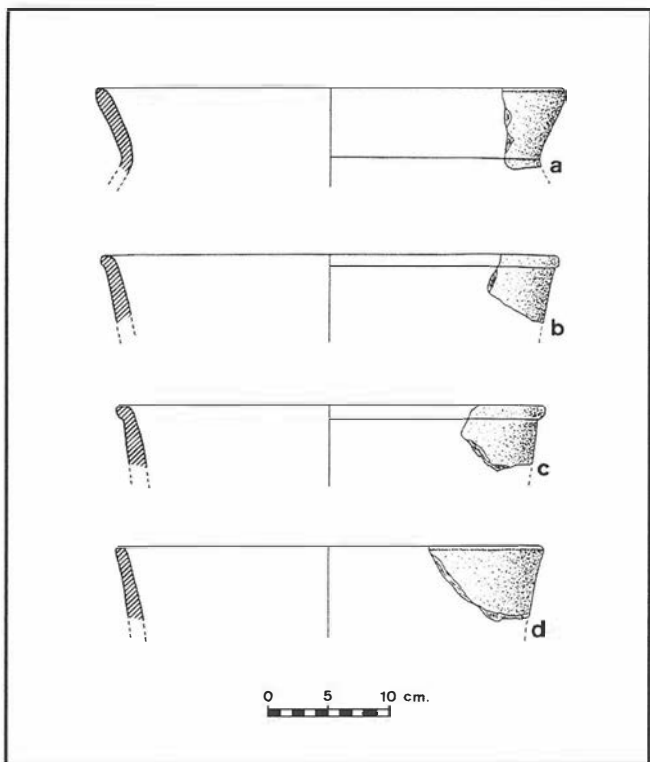


FIG. 5. Perfiles de vasos acampanados sin decoración.

- a) Tipo 1.
- b-c) Tipo 2.
- d) Tipo 3.

Pieza de gran interés es un vaso de gran tamaño, reconstruido parcialmente. La superficie es lisa, sin decoración de ningún tipo, presentando un bruñido poco intenso. Debido a que el borde se ha perdido, resulta imposible una clasificación exacta del mismo. El perfil refleja una acusada forma acampanada, con el galbo troncocónico invertido y el cuello muy exvasado, de paredes rectas. Así, la boca del recipiente tendría un diámetro mayor que el cuerpo, de manera que la carena resultante es muy pronunciada (Fig. 6). Las formas más similares la encontramos en el túmulo A de Setefilla, al que se ha otorgado una cronología amplia del siglo VII a.C. e inicios del siguiente¹⁷. Por su parte, en la clasificación de la cerámica tartésica a mano de D. Ruiz Mata correspondería al tipo A de la forma E.II, que, para este autor, arrancaría desde finales del siglo VIII¹⁸.

Un capítulo de gran interés dentro de los grandes vasos acampanados son las piezas que presentan el cuello decorado. Se trata de una ornamentación sencilla, que no revela para los recipientes un uso fuera del habitual de almacenaje, aunque se aprecia un cierto cuidado en el tratamiento final de las superficies.

En la cabaña nº. 4, correspondiente a la fase II, afloraban en superficie dos vasos de gran diámetro, con gran parte del cuello completo, aunque fragmentado.

Uno presenta en el cuello una incisión ancha y profunda en zig-zag, configurando un friso de triángulos isósceles alternativamente asentados sobre su base e invertidos. Las paredes adoptan un perfil en «S», sin ruptura carenada. El cuello es muy exvasado, alcanzando la boca un diámetro de 50 cm., por lo que ésta es mayor que el galbo. El borde está ligeramente engrosado al exterior, terminando en forma apuntada. El perfil en «S» y el labio apuntado no resulta muy habitual en los vasos acampanados, ya que se prefieren las paredes carenadas y los labios lisos o engrosados al exterior (Fig. 7). El paralelo más próximo en cuanto a forma lo encontramos en una urna acampanada de tamaño más pequeño hallada en el tú-

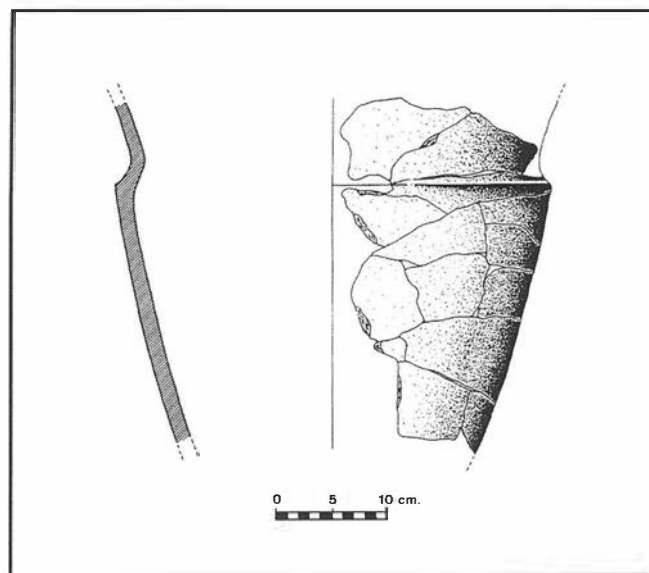


FIG. 6. Gran vaso acampanado sin decorar.

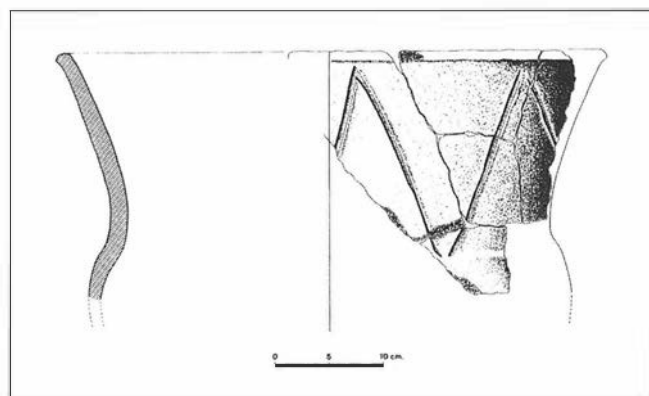


FIG. 7. Vaso acampanado con decoración incisa en zig-zag.

mulo A de Setefilla, que estaría dentro de la forma A del tipo E.II de Ruiz Mata, fechada en el siglo VII¹⁹. Rasgos similares similares a esta pieza de Peñarrubia los encontramos por separado en dos fragmentos del fondo VII de San Bartolomé de Almonte, con cronología similar al anterior²⁰. Los frisos triangulares en zig-zag tampoco constituyen motivos abundantes en el repertorio decorativo de la cerámica andaluza del Bronce Final e inicios del Hierro. Encontramos uno inciso muy similar al de Peñarrubia sobre un vaso acampanado procedente del poblado del Carambolo Bajo²¹. Con técnica bruñida sobre vasos acampanados lo encontramos en el Cerro de Alhonor, dentro del denominado «Horizonte Indígena» que se viene fechando en el siglo VIII²². También inciso, encontramos el motivo del zig-zag en formas tipo olla del nivel 25 de Cerro Macereno, fechado a principios del siglo VII²³.

El otro vaso acampanado procedente de la cabaña nº. 4 presenta también un perfil en «S», sin carena, aunque el cuello arranca de un pequeño resalte que lo separa claramente del galbo. Las paredes se van estrechando progresivamente hacia el borde, que adopta un perfil engrosado con pequeño estrangulamiento. Toda la superficie conservada del vaso se presenta decorada «a peine», es decir, con una multitud de incisiones, verticales en el cuello y oblicuas en el cuerpo. Las incisiones son, en ocasiones, bastante profundas, lo que provoca que la pasta del vaso se proyecte al exterior hasta incluso parecer una decoración excisa (Fig. 8). Ciertamente, en la bibliografía consultada apenas hemos podido constatar la presen-

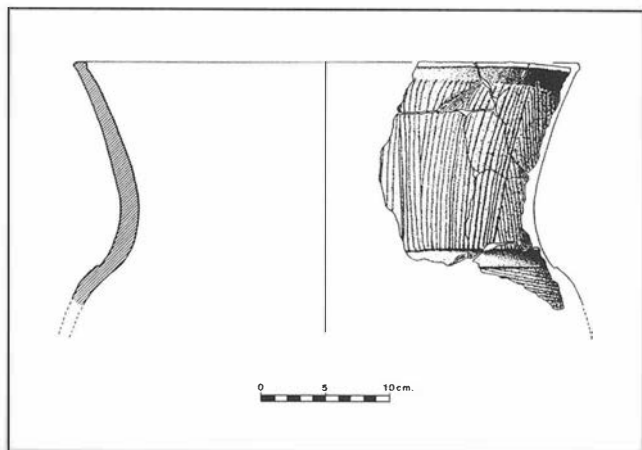


FIG. 8. Vaso acampanado con decoración "a peine".

cia de motivos decorativos cercanos a este vaso de Peñarrubia. En una de las noticias sobre este yacimiento que se dieron con anterioridad, se relacionaba la decoración de este fragmento con otro del nivel 26 de Cerro Macareno, pero la observación directa de este último nos ha llevado a señalar la ausencia de vínculo entre ambos ²⁴. En cambio, sí es muy parecida la decoración incisa que se observa en la parte inferior de un fragmento de vaso globular, cerrado y de tamaño grande, procedente los estratos 6-7 del corte II del yacimiento cordobés de Ategua, fechados por su excavador en el siglo VIII ²⁵.

En Huertas de Peñarrubia tampoco falta la cerámica a mano con decoración pintada, como vemos en otro fragmento de vaso acampanado, del que nos falta el borde. Se trata de una pieza más pequeña y fina que las anteriores, de la que sólo hemos podido recoger un fragmento. En el cuello muestra un friso de triángulos invertidos en tono rosado muy perdido, que contrasta con el fondo oscuro de la superficie del vaso. Los triángulos se encuentran delimitados por una fina incisión, además de presentar la superficie bruñida (Fig. 9). Este tipo de cerámica se vincula a producciones similares del bajo Guadalquivir, aunque no resulta desconocida en el valle del Guadalteba, documentándose un fragmento con decoración y tonos muy similares en Los Castillejos de Teba ²⁶. Esta insistencia en el zig-zag y los frisos de triángulos que configura convierte a este motivo en el más usado en la cerámica decorada los siglos VIII-VII en la zona noroccidental de la provincia de Málaga y en la vecina campiña oriental sevillana, ya que también lo conocemos en el «Horizonte Indígena» de Alhonor, antes citado.

b) Cerámica a mano. Cuencos y fuentes

En Huertas de Peñarrubia, los vasos acampanados son seguidos en número por los recipientes parabólicos, tipo cuencos o fuentes. Dentro de la tipología de estos recipientes hemos podido distinguir cuatro tipos, que se diferencian por el perfil de sus paredes, la configuración del borde y sus dimensiones.

Tipo 1 (Fig. 10, a). Es el tamaño más pequeño, cocido a fuego reductor muy intenso y con la superficie semicuidada, aunque no llega a ser bruñida. Es característico su perfil en forma de «S», que configura una carena alta o media. Resulta una forma bien conocida en el repertorio cerámico de Andalucía occidental, donde en ocasiones es designada como cazuela o copa. Este tipo de recipientes tiene una larga perduración, siendo su característica forma carenada bien conocida en ejemplares del Bronce Pleno, que constituyen la forma 14 en la clasificación de Caro Bellido para la cerámica del segundo milenio a.C. en el bajo Guadalquivir ²⁷. La eclosión de esta

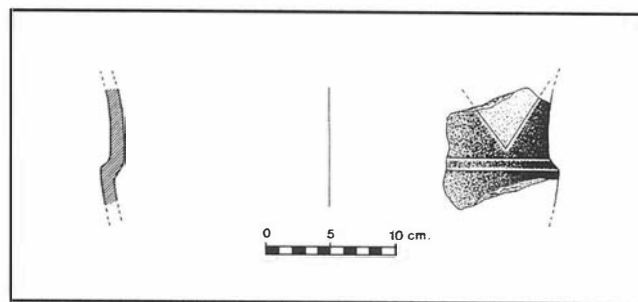


FIG. 9. Vaso acampanado pintado.

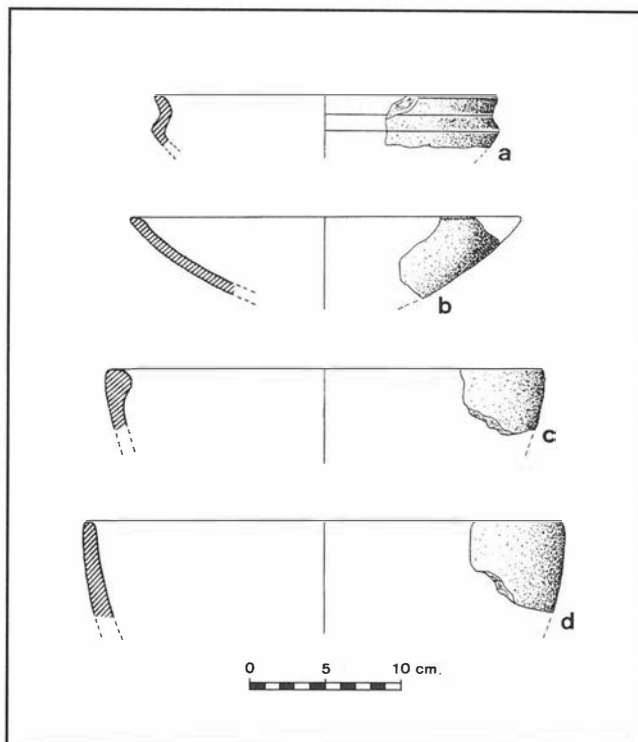


FIG. 10. Cuencos y fuentes.

- a) Tipo 1.
- b) Tipo 2.
- c) Tipo 3.
- d) Tipo 4.

forma va a tener lugar durante el Bronce Final y el Hierro Antiguo, señalándose algunas modificaciones en su morfología, especialmente en la configuración de la carena y la orientación del labio entre los ejemplares de momentos prefenicios y los propios del siglo VII. Durante el siglo VIII el borde tiende a ser vertical o con escasa inclinación, rompiendo la curvatura que lleva el cuerpo del vaso. Estas características las vemos en el fragmento de Huertas de Peñarrubia y en otros de la fase I de Cabezo de San Pedro ²⁸ y del fondo V de San Bartolomé de Almonte ²⁹, fechados en dicha centuria e incluso a finales del siglo IX a.C.

Tipo 2 (Fig. 10, b). Es el habitual cuenco parabólico de poco fondo, con el borde ligeramente almendrado al interior. La superficie es tosca, sin apenas tratamiento. Se incluiría dentro de la forma C.II.b de Ruiz Mata, fechándose en el siglo VII ³⁰. Para Pellicer el uso del cuenco de borde engrosado habría que adelantarlo a mediados del siglo VIII ³¹. Este tipo de cuenco está presente en prácticamente la totalidad de los poblados del bajo Guadalquivir y también en asentamientos indígenas de la provincia de Málaga, tales como Los Castillejos de Teba ³², Castellón de Gobantes ³³

o Aratispi³⁴, al igual que en la Vega de Granada, caso del Cerro de los Infantes³⁵. La presencia de esta forma cerámica es un argumento más para señalar la vinculación cultural de la región occidental de las Béticas con el valle bético, que se va debilitando conforme avanzamos hacia el este.

Tipo 3 (Fig. 10, c). A primera vista podría parecer que es similar al anterior, sólo que con el engrosamiento del borde más acusado. Sin embargo, se trata de un tipo de cuenco o fuente bastante más profunda. Esta forma es una de las pocas que nos remite a la tipología cerámica propia de Andalucía oriental, donde es conocida con un borde menos engrosado en la fase del Bronce Final II de F. Molina, fechado entre los años 850 y 750³⁶. Aparece en el estrato II del Cerro de la Encina de Monachil, situado en torno al 700 a.C.³⁷ y en niveles preibéricos del siglo VIII del Cerro de los Infantes³⁸.

Tipo 4 (Fig. 10, d). Consiste en una fuente profunda, de forma presumiblemente semiesférica. Presenta unas paredes que se van estrechando hacia el borde de forma progresiva, adoptando éste una forma tendente a la vertical y redondeada. Las superficies presentan un tratamiento muy simple a base de alisado. Es una forma habitual en los poblados de Andalucía oriental, aunque también se documenta en lugares como el Cabezo de San Pedro³⁹. En Monachil constituye uno de los recipientes más abundantes, especialmente en los estratos que suponen la eclosión del Bronce Final I hacia el año 1000 a.C., aunque perduran hasta el estrato II de este yacimiento, como ya se ha dicho, situado a fines del siglo VIII⁴⁰. Este tipo de cuencos o fuentes también se constató abundantemente en el Cerro del Real de Galera en las excavaciones de 1962⁴¹, mientras que en los trabajos de 1963 sólo se individualizó un fragmento en la zona de contacto entre los estratos VIII y VII del corte IX, ambos fechados en el siglo VIII⁴². La disparidad en el número de hallazgos entre ambas campañas puede deberse a la vinculación de este tipo de recipientes con las funciones domésticas, ya que la primera intervención en este yacimiento granadino se centró en una vivienda del Bronce Final, aunque los hallazgos no aparecieron asociados claramente a ésta, mientras que la segunda actuación tuvo como objeto la realización de un sondeo estratigráfico. Pero, sin lugar a dudas, el poblado donde esta forma ha sido documentada con mayor profusión es el Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería), donde constituye uno de los tipos más importantes con el nombre de «cuenco de paredes abiertas». En este yacimiento almeriense, el número de bordes supera ampliamente la centena. Aparecen en el estrato 5, correspondiente al Bronce Antiguo, y perduran hasta el abandono del poblado a fines del siglo VII a.C. Aquí, como ocurre en el Cerro del Real, este tipo de fuentes se asocia principalmente a las cuatro cabañas de planta oblonga excavadas en la fase III del poblado, fechada en la segunda mitad del siglo VIII a.C. y a lo largo del siglo VII⁴³. Tampoco falta en algunos lugares de la provincia de Málaga, como Los Castillejos de Teba⁴⁴ y Aratispi⁴⁵.

c) Cerámica a mano. Otras formas

Dentro de las formas menos representadas en la cerámica a mano de Huertas de Peñarubia cabe señalar las ollas de cocina (Fig. 11, a). Vienen a ser una réplica de los grandes vasos acampanados para almacenaje, distinguiéndose de éstos por su menor tamaño y su cuello bastante más corto. La pasta es anaranjada clara, con abundante desgrasante, y la superficie tosca. El tipo documentado en Peñarubia nos remite al bajo Guadalquivir, siendo la forma G.I de Ruiz Mata⁴⁶. Se trata de un recipiente fechado en un momento prefenicio, cuyo perfil presenta una carena más o menos marcada, no suele llevar decoración ni tampoco tratamiento superficial. En contraste, en el tipo posterior de fines del siglo VIII y siglo VII (G.II), el contacto entre cuello y galbo adopta la forma de inflexión, mientras que se decora con impresiones digitales en los hombros o en la boca. Sin embargo, no podemos establecer una correspondencia exacta entre el tipo de olla de cocina de Peñarubia y los conocidos en Andalucía occidental, ya que el primero pre-

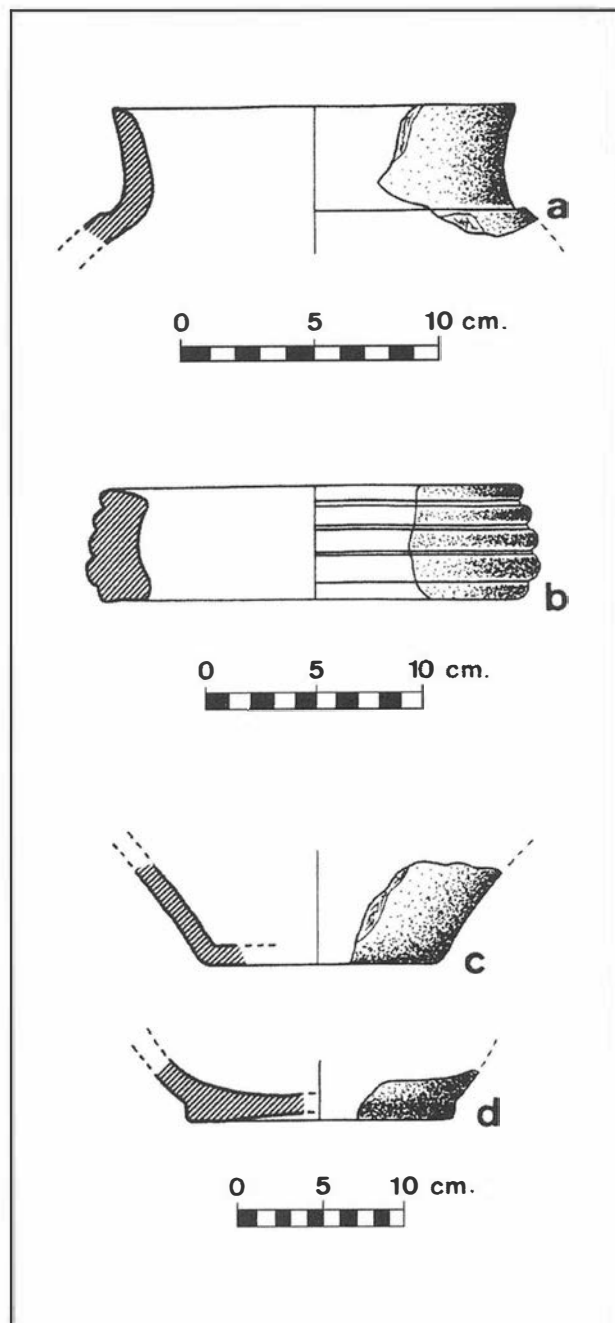


FIG. 11. Cerámica a mano. Formas escasas.

- a) Borde de olla.
- b) Soporte.
- c-d) Fondos planos.

senta un cuello más convexo y un labio apuntado, al tiempo que la forma del galbo muestra tendencia hacia un perfil globular; los tipos del Guadalquivir y Huelva tienen cuellos casi rectos y bordes almendrados, mientras que la forma del cuerpo es ovoide. Por tanto, es muy posible que en Peñarubia nos encontremos con una versión local de esta forma.

Una pieza de gran interés por su escasez es un fragmento de soporte anular a mano (Fig. 11, b). Tiene una altura de 5 cm. y presenta una característica sección convexa al interior, mientras que el exterior tiene cuatro rebordes horizontales para darle mayor resistencia. Un soporte de este tipo sólo está constatado en el Cerro de la Encina, concretamente en niveles del Bronce Final II de F. Molina, cuya fecha estaría centrada entre 850 y 750⁴⁷. Esta clase de soportes contrastan con los habituales en forma de carrete propios del valle del Guadalquivir, estos últimos tampoco faltan

en la zona de las Cordilleras Béticas, aunque en Peñarrubia no los tenemos documentados.

Finalmente, para terminar el capítulo de la cerámica a mano, cabe señalar la presencia de los fondos planos que caracterizan la cerámica a mano del sur peninsular en el Bronce Final, manteniéndose también durante el Hierro Antiguo. Los fragmentos que hemos recogido en Huertas de Peñarrubia pueden pertenecer tanto a grandes vasos acampanados como a ollas de cocina (Fig. 11, c-d).

d) Cerámica a torno

Estas producciones caracterizan la fase III de Huertas de Peñarrubia, coexistiendo con la cerámica a mano. La presencia de estos materiales es enormemente reducida en la zona estudiada, aunque es algo mayor en los alrededores. Existe una visible contradicción entre lo conservado de las estructuras constructivas visibles de este momento y la escasez de material cerámico. La explicación a esta circunstancia puede hallarse en la erosión diferencial, es decir, que la mayor parte del asentamiento se encuentre bajo tierra, oculto a nuestra vista y sólo una pequeña parte haya sido lavado por las aguas. Otra posible razón de esta situación es que, debido a su posición estratigráfica más superficial y, por tanto, más expuesta al lavado de las aguas, la mayor parte de la fase III haya sido desmantelada por la acción del embalse del Guadalteba. Sin ánimo de ser excesivamente optimistas sobre la conservación del yacimiento, nos inclinamos por la primera opción, ya que a vista de las estructuras que han resistido 20 años bajo el agua, es difícil pensar que la cerámica de esta fase hubiera sido arrastrada casi totalmente. La escasez de cerámica a torno nos llevó a afirmar en la publicación preliminar del yacimiento su inexistencia en el mismo ⁴⁸, que aquí rectificamos.

Entre los pocos fragmentos a torno identificables que se han recuperado cabe señalar un borde de ánfora de saco tipo R-1, bien conocida en los asentamientos fenicios del Mediterráneo occidental. El borde de Huertas de Peñarrubia está fabricado en pasta pajiza, bien cocida, presentando un perfil esbelto, sin engrosamiento y ligeramente exvasado, mientras que el contacto entre boca y hombro es suave, sin ruptura (Fig. 12, a). Estas características nos hacen considerar a este fragmento como perteneciente a un ánfora tipo 10.1.1.1 ó 10.1.2.1 en la clasificación de J. Ramón Torres ⁴⁹. Dicha forma parece se fabricó en los centros fenicios de la costa andaluza, con una cronología comprendida entre los años 775/750 y 550 a.C., pero la encontramos muy pronto en diferentes poblados indígenas del sur peninsular, tanto en el valle del Guadalquivir como en el área de las Béticas, al igual que en la zona del Levante. En Andalucía occidental aparece en lugares como los Cabezos de San Pedro y La Esperanza, San Bartolome de Almonte o el Cerro del Carambolo, mientras que en las provincias orientales se constata en asentamientos como Aratísp, Cerro de la Mora, Cerro de los Infantes o el Peñón de la Reina.

También en Huertas de Peñarrubia se han podido identificar cerámicas a torno policromas, en concreto dos fragmentos de galbos. Ambos están fabricados en pasta pajiza y cocidos a fuego oxidante-reductor. La decoración consiste en estrechos filetes horizontales pintados directamente sobre la superficie del vaso, sin aplicar ningún tipo de engobe. Los colores son rojo en un caso y una sencilla combinación de bandas en negro y rojo en el otro (Fig. 12, b-c). Estas composiciones resultan bien conocidas en todos los yacimientos andaluces con niveles de los siglos VII-VI a.C.

e) Prismas para horno

Unos materiales que resultan de gran interés y que atribuimos a la fase III de Huertas de Peñarrubia son los numerosos prismas de barro cocido que se hallaron dispersos en el yacimiento. De éstos, cuatro fueron recuperados completos (Fig. 12, d-g). Se trata de

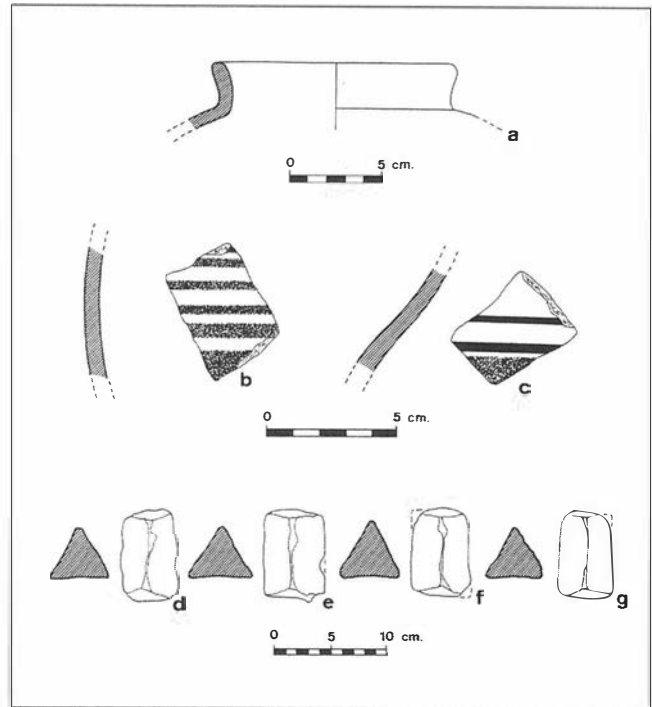


FIG. 12. Cerámica atribuible a la fase III.

- a) Borde de ánfora tipo R-1.
- b-c) Fragmentos a torno con decoración policroma.
- d-g) Prismas de barro cocido.

unas piezas de sección triangular, con una longitud en torno a los 8 cm. y una anchura media de 4'5 cm., que bien pudieran estar modeladas a mano o a molde. La pasta es de buena calidad, depurada y con poco desgrasante, siendo la cocción a fuego oxidante, lo que les da un acabado anaranjado. Prácticamente, las diferencias entre los diferentes ejemplares son mínimas, lo que revela su fabricación en serie.

El hallazgo de este tipo de objetos no se prodiga, pero casi siempre se encuentran asociados a instalaciones alfareras que utilizan tecnología fenicia. De este modo, los encontramos en considerable número en el área de producción cerámica del Cerro del Villar, fechada en la primera mitad del siglo VI ⁵⁰. Los procedimientos fenicios de fabricación cerámica se fueron introduciendo en el mundo indígena del sur peninsular a lo largo del siglo VII y, quizás, un poco antes. Así, otro prisma se documentó en la excavación de la muralla de Tejada la Vieja, concretamente en el corte B-5, constituido por una estratigrafía de arroyo de vertidos desde el interior de la ciudad ⁵¹. Dentro del horno de finales del siglo VII o comienzos del VI documentado en el Cerro de los Infantes también aparecieron diversos prismas ⁵². En el poblado indígena de Montilla (Cádiz), situado en la desembocadura del Guadiaro junto a un asentamiento fenicio aún no descubierto, se ha constatado la presencia de un considerable número de estos prismas, sin vinculación aparente con una instalación alfarera, aunque la zona investigada se reduce a tres pequeños sondeos en un yacimiento de considerable extensión ⁵³.

La función de estos prismas se vincula a los procesos de fabricación de cerámica mediante los métodos importados por los fenicios, ya que en el Bronce peninsular no se conoce ningún objeto parecido. El hallazgo de varias de estas piezas dentro del horno del Cerro de los Infantes las implica en la fase de cocción. Los investigadores del Cerro del Villar concluyen que los prismas servían para separar y colocar las piezas en el interior del horno ⁵⁴, explicación que parece bastante convincente.

La abundante aparición de estos prismas en Huertas de Peñarrubia es testimonio de que, posiblemente, existió producción de cerámica en el poblado durante la fase III, aunque no contamos con

ningún otro indicio de la misma. No tiene nada de extraño resulta que un asentamiento indígena que ha adoptado el modelo de vivienda fenicia y el torno modifique sus tecnologías e incorpore nuevas actividades económicas.

4. CRONOLOGÍA

La configuración del yacimiento, las estructuras y los materiales aparecidos son de gran ayuda a la hora de trazar un cuadro de la evolución cronológica de Huertas de Peñarrubia. Antes de ofrecer una propuesta de datación para cada una de las fases, es necesario tener en cuenta que el yacimiento no se ha excavado y que, seguramente, hay enterrado mucho más de lo que hemos visto. Igualmente, debido a que el material se ha recogido en superficie, no podemos hacer una atribución de la cerámica por niveles. Por ello, la secuencia que aquí se ofrece puede resultar modificada por ulteriores investigaciones que, eventualmente, se pudieran acometer en el futuro sobre el terreno.

El inicio del asentamiento no puede establecerse con precisión, ya que no sabemos si antes de la que hemos denominado fase I existen otros niveles de ocupación anteriores. La cerámica más antigua que se ha documentado se fecha en el siglo VIII a.C., mejor hacia su segunda mitad, data que podemos atribuirle a la fase I.

La fase II, basándonos en la fecha de los dos grandes vasos acampanados asociados a la cabaña nº. 4, podría fecharse a fines del siglo VIII y principios del siglo VII a.C. Observando la disposición de los paleosuelos que la delimitan y la escasa potencia del nivel II que la contiene, posiblemente fue un momento relativamente corto, siendo imposible precisar más.

La fase III, con sus muros rectos y su cerámica a torno, encaja bien dentro del siglo VII a.C. Tras ella el lugar se abandonó, no volviendo a ser reocupado.

5. CONCLUSIONES

Los datos que ha proporcionado Huertas de Peñarrubia para la reconstrucción del proceso histórico del Bronce Final y comienzos de la Edad del Hierro en el área noroccidental de la provincia de Málaga constituyen un conjunto de información de primera mano. El yacimiento, pese a ser conocido sólo por estructuras y hallazgos superficiales, viene a constituir un hito clave para el estudio de una cuestión tan interesante como es la evolución de las gentes indígenas de este sector del Surco Intrabético y la rápida transformación de una sociedad con una jerarquización relativamente simple en otra de carácter mucho más complejo. Ante esto, no es ninguna exageración afirmar que fue una oportunidad perdida dejar pasar la ocasión de excavar este lugar a causa de la cicatería de la Administración. Máxime porque en Huertas de Peñarrubia confluyen una serie de circunstancias que lo convierten en un yacimiento verdaderamente excepcional en la provincia de Málaga. En primer lugar, porque escasean los yacimientos protohistóricos sin potentes superposiciones de época romana o islámica. Al mismo tiempo, localizar pequeños poblados agrícolas de esta época es enormemente difícil, ya que, al estar situados en las proximidades de los principales cursos fluviales, se encuentran hoy cubiertos por una potente capa de limos; así, sólo un movimiento de tierras o la acción erosiva de un embalse puede ponerlos al descubierto. Finalmente, Huertas de Peñarrubia, por su ubicación en el lecho de un pantano, resulta ser un yacimiento arqueológico enormemente vulnerable. Actualmente sumergido, la acción destructiva del agua puede desmantelar lo que queda de las estructuras del poblado. Mientras, la probable bajada del nivel de las aguas en un plazo de tiempo imposible de prever es otra amenaza por el efecto de arrastre y el oleaje superficial, debido que

es un fenómeno que tiene lugar lentamente. Pese a ello, un descenso del nivel del embalse y la puesta en seco del yacimiento supondría la posibilidad de completar un estudio con la excavación de lo que quede del mismo. Para ello tendremos que esperar, quizás, muchos años.

No cabe duda que Huertas de Peñarrubia es una aldea agrícola. Esta circunstancia explica la ubicación del poblado en plena vega fluvial, sin defensas naturales de ningún tipo, para estar lo más cerca posible de los campos de cultivo, probablemente rodeada por los mismos. Igualmente, en la cultura material que observamos prima lo vinculado a las actividades económicas y domésticas: grandes vasos acampanados o ánforas para almacenaje, ollas de cocina para la cocción de los alimentos, sencillos cuencos para comer o beber y prismas para la fabricación de cerámica en la fase III. No aparece cerámica de lujo. Igualmente, las viviendas de las fases I y II son pequeñas, sin las «comodidades» que vemos en núcleos principales contemporáneos como Acinipo. Son simples cobertizos para resguardarse de las inclemencias del tiempo y dormir sin el relente nocturno, destinados a los individuos que trabajan los campos. Un gran cambio suponen las estructuras de la fase III, pero puede que estemos ante una instalación para fabricar cerámica, por lo que de nuevo la actividad productiva es el eje de la vida del poblado.

Como aldea agrícola, Huertas de Peñarrubia se integraba en una red de poblados similares que explotaban la fértil vega del Guadalteba. Conocemos varios asentamientos de este tipo en la cuenca de este río, tanto en el curso principal como en su afluente el río de Almargen o de la Venta. Aunque la investigación de estos asentamientos no ha rebasado por ahora el estadio de prospección y recogida selectiva de material, parece que estos establecimientos vinculados al mundo agrario no son tan antiguos como Peñarrubia, teniendo su eclosión en los siglos VII y VI ⁵⁵. Unos asentamientos tan pequeños como estas aldeas agrícolas debían integrarse en un sistema controlado por un núcleo rector, ya que no es asumible en los albores del primer milenio a.C. un modelo territorial tan fragmentado donde la unidad mayor sean este tipo de comunidades. Las aldeas agrícolas tienen el cometido de la explotación económica del medio, al tiempo que los núcleos principales garantizan una eventual protección en caso de peligro y las relaciones a distancia, aunque respecto en la naturaleza social de estos asentamientos destacados no queremos entrar por el momento. La vecindad de Huertas de Peñarrubia a un yacimiento arqueológico de la envergadura de Cerro del Almendro, del que sólo le separan 500 m., repite este esquema. Cerro del Almendro está bien dotado de defensas naturales y presumiblemente cuenta con un recinto amurallado de época protohistórica, además de contar con un buen dominio visual de todo el curso del Guadalteba desde su confluencia con el río de la Venta hasta su desembocadura en el Guadalhorce, circunstancias que lo convierten en lugar idóneo para un núcleo de población de cierta entidad. El problema para intentar una interpretación a nivel espacial radica en no conocernos prácticamente nada de la secuencia de Cerro del Almendro, aunque algunos materiales recogidos en superficie pueden remontarse hasta el siglo VIII a.C.

Un aspecto de gran interés que observamos en la cultura material de Huertas de Peñarrubia es su vinculación con la del bajo Guadalquivir. Esta circunstancia viene ya siendo observada en la zona noroccidental de la provincia de Málaga desde hace tiempo y partiendo de ella se han lanzado una serie de hipótesis de carácter historicista, que carecen de contrastación hasta que no exista una publicación detallada de los argumentos aducidos para sostenerlas. Algunos autores han querido señalar el avance de poblaciones vinculadas a Tartessos hacia la vega de Antequera y la depresión de Ronda, con la intención de controlar este territorio. Esta situación genera un enfrentamiento, visible en la construcción de pequeñas torres en el área del Sub-bético. Sería la constatación de una frontera entre el ámbito fenicio y tartésico o entre Tartessos, las colo-

nias fenicias de la costa mediterránea y los *estados (sic)* indígenas periféricos a ambas formaciones⁵⁶. Respecto a estas opiniones, sólo decir que parecen prematuras en el estado actual de nuestros conocimientos. El sector malagueño del Surco Intrabético (Ronda-Antequera) ha constituido siempre una zona de paso, donde confluyen los elementos que llegan desde los focos culturales y demográficos más potentes del sur peninsular desde el Calcolítico: el bajo Guadalquivir y el Sureste. Por tanto, dependiendo de la pujanza de uno o de otro, será la vinculación del área. Las excavaciones de Acinipo, las únicas realizadas en la zona con una secuencia prolongada, señalan como desde el Bronce Pleno se observa el predominio de los elementos llegados desde Andalucía occidental,

mientras observamos la cada vez mayor atonía del Sureste⁵⁷. Implantándose sobre una tradición que venía de antiguo, estos influjos alcanzarán su eclosión en los siglos VIII y VII a.C., momento culminante de la cultura focalizada en el bajo Guadalquivir y Huelva. Precisamente el cénit de la misma coincidirá con la homogenización material que supondrá la implantación de las cerámicas a torno. Pero, a pesar de la preponderancia cultural de la baja Andalucía, Huertas de Peñarubia poseía algunos elementos materiales propios de las altiplanicies granadinas, que, aunque son minoritarios, no dejan de tener importancia en los momentos en que el impulso del bajo Guadalquivir era más intenso.

Notas

1 El patrocinio de los trabajos ha venido corriendo a cargo del Excmo. Ayuntamiento de Teba. El equipo de investigación lo forman Virgilio Martínez Enamorado, Antonio Morgado Rodríguez y María Elena Roncal Los Arcos, además de quien suscribe.

2 Un buen resumen puede verse en María Eugenia Aubet Semmler: «Las colonias fenicias de Málaga y su periferia indígena», *Extremadura Arqueológica*, 5 (1995), pp. 148-149.

3 Varios son los trabajos que hemos realizado sobre el poblamiento de los siglos VIII-VI a.C. en la cuenca del Guadalteba. Eduardo García Alfonso: «Los Castillejos de Teba (Málaga). Excavaciones de 1993. Estratigrafía de los siglos VIII-VI a.C.», *Mainake*, 15-16 (1993-94), pp. 45-83. Eduardo García Alfonso *et alii*: «Los Castillejos de Teba (Málaga). Campaña de urgencia de 1993», *Anuario Arqueológico de Andalucía 1993*, vol. III, Sevilla, Junta de Andalucía, 1997, pp. 545-552. Eduardo García Alfonso *et alii*: «El Castellón de Gobantes (Campillos, Málaga). Excavaciones de 1993», *Anuario Arqueológico de Andalucía 1993*, vol. III, Sevilla, Junta de Andalucía, 1997, pp. 503-508. Eduardo García Alfonso: «El Cortijo de Nina (Teba). Un asentamiento rural de los siglos VI-V a.C. en el noroeste de la provincia de Málaga», *Mainake*, 17-18 (en prensa).

4 Avances de la investigación en Huertas de Peñarubia se han ofrecido en dos trabajos. Eduardo García Alfonso, Antonio Morgado Rodríguez y María Elena Roncal Los Arcos: «Valle del Guadalteba (Málaga): impacto fenicio en el *hinterland*», *Revista de Arqueología*, 165 (1995), p. 34. Eduardo García Alfonso: «La Antigüedad: origen, desarrollo y disolución de un modelo urbano», en *El bajo Guadalteba (Málaga): espacio y poblamiento. Una aproximación arqueológica a Teba y su entorno*, Málaga, Excmo. Ayuntamiento de Teba y Diputación Provincial de Málaga, 1995, pp. 98-102.

5 E. García Alfonso *et alii*: «El Castellón de Gobantes...», fig. 4.

6 Emilio Martín Córdoba *et alii*: «Avance al poblamiento del Bronce Final en la cuenca del río Turón y su intersección con el Guadalhorce (Ardales, Málaga)», *Mainake*, 13-14 (1991-92), pp. 59-60, fig. 8.

7 Pedro Aguayo de Hoyos *et alii*: «El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución», *Arqueología Espacial*, 9 (1986), Coloquio sobre el microespacio, 3: Del Bronce Final a la época ibérica, Teruel, pp. 35-41, figs. 3-4.

8 M.E. Aubet Semmler: «Las colonias fenicias...», p. 138.

9 Manuel Pellicer Catalán: «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía occidental», en *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*, Sabadell, AUSA, 1986, p. 175, fig. 7.

10 Diego Ruiz Mata: «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico», en *Tartessos, 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (Jerez de la Frontera, 1993), Ayuntamiento de Jerez y Universidad de Cádiz, 1995, p. 270.

11 D. Ruiz Mata, fig. 11, n.º. 13.

12 Diego Ruiz Mata y Jesús Fernández Jurado: *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte* (Huelva), *Huelva Arqueológica*, 8 (1986), vol. II, lám. XXXVII, n.º. 527.

13 María Eugenia Aubet Semmler *et alii*: *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Excavaciones Arqueológicas en España, 122, Madrid, 1983, fig. 33, n.º. 161.

14 Jesús Fernández Jurado: *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, *Huelva Arqueológica*, 9 (1987), vol. II, lám. XXI, n.º. 18.

15 D. Ruiz Mata, fig. 11, n.º. 4 y 18.

16 D. Ruiz Mata y J. Fernández Jurado, vol. II, lám. XXXVII, n.º. 523 y lám. L, n.º. 661.

17 María Eugenia Aubet Semmler: «La necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla): el túmulo A», en *Programa de Investigaciones Protohistóricas: Andalucía y Extremadura*, vol. I, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1981. Los tipos de Setefilla más similares al vaso referido de Peñarubia son los siguientes: fig. 14, n.º. 1, fig. 28, n.º. 1 y fig. 30, n.º. 1.

18 D. Ruiz Mata, fig. 22, n.º. 1-2.

19 M.E. Aubet Semmler: «La necrópolis de Setefilla...», fig. 17, n.º. 1. D. Ruiz Mata, fig. 22, n.º. 4.

20 D. Ruiz Mata y J. Fernández Jurado, vol. I, fig. 36, n.º. 942 y 950.

21 Juan de Mata Carriazo: *Tartessos y El Carambolo. Investigaciones Arqueológicas sobre la Protohistoria de la Baja Andalucía*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1973, lám. 414.

22 Luis Alberto López Palomo: «De la Edad del Bronce al mundo ibérico en la Campiña del Genil», en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, vol. de Prehistoria y Arqueología (Córdoba, 1976), 1983, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, fig. 3.

23 Manuel Pellicer Catalán, Jose Luis Escacena Carrasco y Manuel Bendala Galán: *El Cerro Macareno*, Excavaciones Arqueológicas en España, 124, Madrid, Ministerio de Cultura, 1983, fig. 70, n.º. 501-503.

24 E. García Alfonso: «La Antigüedad...», p. 100.

25 Antonio Blanco Freijeiro: «Ategua», en *Antonio Blanco Freijeiro. Opera Minora Selecta*, Sevilla, Universidad de Sevilla y Junta de Andalucía, 1996, fig. 24, n.º. 22.

26 E. García Alfonso: «Los Castillejos...», fig. 11, b.

27 Antonio Caro Bellido: «Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el bajo Guadalquivir», en *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*, Sabadell, AUSA, 1986, pp. 113-114.

- 28 José María Blázquez Martínez *et alii*, *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977*, Excavaciones Arqueológicas en España, 102, Madrid, Ministerio de Cultura, 1979, fig. 13, nº. 20 y fig. 19, nº. 59.
- 29 D. Ruiz Mata y J. Fernández Jurado, lám. XVII, nº. 309 y lám. XX, nº. 322.
- 30 D. Ruiz Mata, p. 276, fig. 19 A, nº. 9.
- 31 M. Pellicer Catalán, fig. 5, nº. 3.
- 32 E. García Alfonso: «Los Castillejos...», fig. 8, a-c.
- 33 E. García Alfonso *et alii*, fig. 5, a-d.
- 34 Manuel Perdigüero López: «La fase del Bronce Final en Aratíspi (Cauche el Viejo, Antequera)», *Mainake*, 13-14 (1991-92), fig. 5, nº. 2-6.
- 35 Ángela Mendoza *et alii*: «Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Provinz Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien», *Madrider Mitteilungen*, 22 (1981), fig. 16, 1 y fig. 17, g.
- 36 Fernando Molina González: «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sureste de la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3 (1978), p. 220; tipología desplegable, nº. 62.
- 37 Antonio Arribas Palau *et alii*: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina», Monachil (Granada). El corte estratigráfico nr. 3*, Excavaciones Arqueológicas en España, 81, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1974, fig. 101, nº. 52.
- 38 Ángela Mendoza *et alii*, fig. 14, l.
- 39 D. Ruiz Mata y J. Fernández Jurado, vol. II, lám. XXXVII, nº. 510, 512 y 513; lám. LXXVII; lám. LXXVIII, nº. 1028-1030
- 40 A. Arribas Palau *et alii*, fig. 101, nº. 47.
- 41 Manuel Pellicer y Wilhem Schüle: *El Cerro del Real, Galera (Granada)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 12, Madrid, Ministerio de Educación Nacional, 1962, lám. 33, nº. 33; lám. 8, nº. 35, 52 y 61; lám. 9, nº. 26, 34 y 35; lám. 10, nº. 50; lám. 11, nº. 10; lám. 12, nº. 11.
- 42 Manuel Pellicer y Wilhem Schüle: *El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX*, Excavaciones Arqueológicas en España, 52, Madrid, Ministerio de Educación Nacional, 1966, fig. 12, nº. 1.
- 43 Catalina Martínez y Miguel C. Botella: *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 112, Madrid, Ministerio de Cultura, 1980, figs. 141, 158, 178-179 y 202-203.
- 44 E. García Alfonso: «Los Castillejos...», fig. 8, e-f.
- 45 M. Perdigüero López, fig. 5, nº. 7 y 18.
- 46 D. Ruiz Mata, fig. 14.
- 47 F. Molina González, pp. 165-166; tipología desplegable, nº. 53.
- 48 E. García Alfonso: «La Antigüedad...», p. 100.
- 49 Joan Ramón Torres: *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1995, pp. 229-231.
- 50 Juan A. Barceló *et alii*: «Estudio de materiales del área de producción cerámica del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)», en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1992*, vol. II, Sevilla, Junta de Andalucía, 1996, fig. 6b, k-n.
- 51 Carmen García Sanz: «Excavación de la muralla de Tejada», *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*, Huelva Arqueológica, 9 (1987), vol. I, pp. 101 y 103; vol. II, lám. XXI, nº. 7.
- 52 Francisco Contreras, Francisco Carrión y Encarnación Jabaloy: «Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada)», *XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia-Cartagena, 1982), Zaragoza, 1983, p. 534; fig. 1, j.
- 53 Hermanfrid Schubart: «Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro», en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986*, vol. II, Sevilla, Junta de Andalucía 1989, fig. 7.
- 54 J.A. Barceló *et alii*, p. 303.
- 55 Ángel Recio Ruiz: «Prospecciones arqueológicas: un modo de aproximación al conocimiento de los procesos de interacción indígenas-fenicios en el valle del Guadalhorce (Málaga)», *Mainake*, 15-16 (1993-94), p. 93. E. García Alfonso: «El Cortijo de Nina...» Estando el presente trabajo en curso de publicación, el equipo de J. Suárez Padilla ha excavado un asentamiento muy similar al de Huertas de Peñarubia en cuanto a estructuras y materiales, situado escasamente a 1 km. de éste, pero en la margen izquierda del Guadalteba. La proximidad de ambos plantea interesantes inferencias en cuanto a la densidad de ocupación del territorio y al modelo de explotación del medio, pero en las que ahora no podemos entrar.
- 56 Emilio Martín Córdoba: «Aportación de la documentación arqueológica del Cerro de Capellanía (Periana, Málaga) a los inicios del primer milenio a.C. en la provincia de Málaga», *Mainake*, 15-16 (1993-94), pp. 16-17. A. Recio Ruiz, pp. 90-91.
- 57 José Enrique Ferrer Palma e Ignacio Marques Merelo: «El Cobre y el Bronce en las tierras malagueñas», en *Homenaje a Luis Siret* (Cuevas de Almanzora, 1984), Sevilla, Junta de Andalucía, 1986, pp. 254-256. José Suárez Padilla: «Aproximación al estado de la cuestión sobre el Bronce Reciente en las tierras malagueñas», *Baetica*, 14 (1992), p. 211.